

EL PROBLEMA DE LA VALORACION DE RODÓ

UN afable amigo mío dice que la obra de Rodó es como el Palacio Legislativo. Solemne, mayestática, suntuosa, casi siempre fría. Todo el mundo sabe que allí está, pero la inmensa mayoría sólo la conoce por fuera. Los profesionales de la cosa, es claro, saben y tienen que frecuentarla; también lo hacen más esporádicamente quienes han de extraer algo de ella y conoce, por añadidura, las visitas colectivas y guiadas, tan fervidas como bostezadas, de escolares y liceales. También posee sus Bauseros, capaces de dar cuimpulso de un magno designio y la mancillan ta de todos los rincones y volutas. Nació al la desaprensión y el prosaísmo. Es, además, uno de los rubros más publicitados en la imagen externa del Uruguay.

Hasta aquí la comparación, en la que yo puse algunos trazos, y con la que no estoy completamente de acuerdo. Pero ella sirve para introducir en la afirmación —ésta sí, firme— de que el cincuentenario de su muerte, encuentra a Rodó, es decir; a su destino, a su estima en el estado más contradictorio, más desapacible que quepa imaginar. Y vale la pena señalar que esta situación, de tan extrema ambigüedad, ni es de ahora ni siquiera aguardó a mayo de 1917 para configurarse. Muchos equívocos registra la historia del autor de "Ariel" pero pocos más gruesos que la de una aceptación unánime, frontal, incontrovertida de su personalidad, su obra y sus enseñanzas.

A un poeta, o a un novelista se le toma o

se le deja, se le sigue leyendo o se le olvida, se le reduce al mero nombre de una historia literaria o se le reencuentra, a veces, con inesperadas latencias. Un pensador o un ensayista suele tener un curso no sustancialmente desigual, salva la circunstancia de que, muchas veces, socializando sus significados en una ideología, es a través de ella que actúa y pervive. Pero ninguno de estos modelos de ulterioridad es el de Rodó. No retiene (tal vez no poseyó nunca) la viva germinalidad que hay en ciertas zonas de un Alberdi, un González Prado, un Martí, un Vasconcelos o un Mariátegui. Tampoco, sin embargo, es un tema para laboriosos profesores, como un Montalvo y su rendidor estilo. O atenúo: lo es un poco menos. Una pasión tan peleadora como la que suscita la figura de Sarmiento y sus incisivos planteos obviamente no le alcanza; ninguna idea ni actitud de Rodó se hincó tan profundamente como muchas del argentino en el proceso de formación —o deformación— de la sociedad a la que perteneció.

Nada semejante le es atribuible, es cierto, pero, con todo, andariamos muy errados si decretásemos perentoriamente su segunda muerte: la memoria, y aun la devoción de Rodó, suelen hacer irrupción en las zonas más inesperadas. Verdaderamente es un caso a examinar con cuidado.

Fijemos algunos parámetros de su vigencia. La comprobación de que no se le lee y menos se le sigue ya peina canas y en este mismo semanario hace casi veinte años se plan-

leó con cuidado el tema. (1) Pero, al mismo tiempo, ni una sola de las mayores autoridades en cultura y letras iberoamericanas — sean ellos Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña o José Gacs — ha dejado de colocarlo entre los más grandes. Sor Juana Inés, el Inca Garcilaso, Bello, Sarmiento, Hernández, Montalvo, Martí, Darío, Rodó: hasta la primera guerra mundial la lista sigue firme.

En verdad, "la discordia Rodó" no se deja encerrar fácilmente y si la admiración y el repudio son los extremos del espectro valorativo, desde la hora misma de "Ariel" (1900) nacez dos bandos que refractan tan diversamente su significación que hacen pensar en dos escritores distintos. Por otra parte, aunque no de tan lejos, la cuestión de deslindar un núcleo salvable, y perdurable, en obra tan controvertida, se convierte en la obsesión de muchos. Ya en 1917 decía Ventura García Calderón, con su peculiar entonación modernista: *Nuestra admiración ha desajajado en "La Vida Nueva", el cuento de Oriente y la romanza final. Agregaremos por figuras de proa en el esquife, las efigies de "Rubén Darío" y de "Bolívar". Unas cuantas parábolas florecerán la tares gálicas, y en todo el resto podrá hacer el otoño su estrago magnífico.* (2)

Con todo, este recuento de actitudes está muy distante de ser taxativo. El curso de la suerte de Rodó y las implicaciones axiológicas que porta es tan rico y tan sugestivo que casi tiende a desprejarse de Rodó mismo y de sus libros. Con lo que, de paso, algo queda adelantado pues es, justamente, el problema de su valoración el que ahora trato de atacar.

ALTERNATIVAS DE UN DESTINO

POR mucho que todas coexistan ante él, se puede marcar, sin embargo, algunas secuencias compactas de actitud. Hubo un período, ¿cuántas veces no se ha evocado?, una etapa que llega hasta su fin físico, en que el escritor uruguayo funcionó como un dechado de perfección formal, hondura de pensamiento y cálido poder de convicción. Autoridad casi indiscutida en posiciones y conductas, se le convirtió en el portavoz de las aspiraciones de un indeciso sector continental. Se le consideraba, y él mismo se consideraba, la "juventud" con "ideales" y con "sueños" (dos términos conmutables a todos los efectos). Hoy sabemos con cierta precisión que era la promoción juvenil y cultivada de las clases media y alta entre 1900 y 1910 y que, salvo un pequeño grupo bohemio y hasta lumpenintelectual, no estaba todavía expuesta a las

constricciones y compromisos de la brega del vivir. Dándole formulación al "ethos" prospectivo de esa subsociedad juvenil, Rodó se encontró profeta y evangelista de ese "arielismo" que después le valió tantos remezones y, por ahí, abriendo la cuenta del rol de los "maestros de juventud" (también lo serían Vasconcelos, Ingenieros y Palacios) y hasta los "maestros de la raza" (una especialidad que se agotó con Ricardo Rojas).

Algo más grave: el "arielismo" implicaba "arielistas" y éstos siguieron vivos y campanes después de la muerte de su maestro. Es un factor de refuerzo que explica la larga serie de "revisiones"; a veces melancólicas y a menudo coléricas que se eslabonan desde el libro de Gonzalo Zaldumbide, en 1918, hasta nuestros propios días. (3) Estas revisiones provocaron a su vez una cadena de "actualidades" y "vigencias"; supongo que la más reciente es una del uruguayo Washington Lockhart (4). Como tanto unas y otras parten habitualmente de la relativa marginación de Rodó, vuelvo a subrayar la singularidad de un pensamiento y una obra que ni actúan espontáneamente ni se les archiva, viviendo en una suerte de estado de suspensión, de básica provisoriedad. Un pensamiento y una obra, en suma, que, pese a todo, parecen conservar una especie de validez remanente, capaz de guardar, aunque bajos, los fuegos de dos facciones. La contradicción podría explicarse holgadamente si se dice como contraste entre la imposición oficial de un prestigio y las suscitaciones auténticas que del prestigiado se desprenderán. Pero éste no es el caso. En el Uruguay, por lo menos, tras el período de Terra, el auspicio oficial es esporádico y refleja, mientras los medios institucionalmente devotos a Rodó carecen, en su totalidad, de peso y son, en su conscripción generacional, bastante provecios. Otra cosa sería, y lo digo de paso, que un rodonismo o un arielismo supérstites se convirtieran en una expresión más de nuestra esclerosis nacional, de nuestro conservadurismo amedrentado. (Al fin y al cabo, una causa y un significado tan espléndidamente vitales como el artiguismo fueron, por muchos, reducidos a esa escala.) Y algunos hechos recientes no dejan de insinuar el peligro.

La promoción de 1945 ha sido discutida hasta agotar el punto, tanto en su entidad como en la fecha de su irrupción. Sin embargo, y aunque la regla admite aquí excepciones (Rama, Martínez Moreno, Maggi lo serían) si algún factor la perfila positivamente, éste es tanto el de un efectivo interés por Rodó como que tal interés sea de un género distinto del

de las "vigencias" y las "revisiones". Claro está que, como ocurre siempre, en él pesó grandemente un escritor perteneciente a una generación anterior, tal es el caso de Ibáñez y su labor de ordenación y estudio documental en el "Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios". De cualquier manera, Ibáñez, Ardao, Rodríguez Monegal, José Enrique Etcheverry, Benedetti más tarde, indagaron la obra y la personalidad de Rodó con un rigor y una minucia que nunca se le habían dispensado. Y como la crítica, según aseveró Paulhan, es una de las formas de la atención, hay que suponer que la mirada de la atención no se posa sobre irrelevancias y que ese alto nivel explicativo descansó, como es habitual, en una estimación igualmente alta. Tal regularidad no debe soslayar otra, que es casi seguro que en este período de la crítica rodoniana se hizo presente, y es la de la capacidad de todo proceso de alimentarse a sí mismo. Una de las trampas de la erudición es perder de vista la relación de fines y medios, el alimentarse narcisísticamente de su propia eficacia y su propia lucidez. Pero aun si esto hubiese ocurrido, hubo (hay en puridad) una entonación profunda con las mismas calidades que desde entonces más se encomiaron en Rodó: la seriedad y la vigilancia del proceso creador, la cabal responsabilidad al mismo tiempo estética y moral que presidió su carrera de escritor, el no infrecuente sacrificio personal y cívico que es como un contracanto púdico, soterrado, en un curso de vida en apariencia tan rotundo y tan triunfal. "Arte", "profetismo", "heroísmo" fueron las señas con que emergió Rodó de este nuevo avatar de su suerte, en cuya delimitación sería injusto no mencionar a Luis Gil Salguero junto a los antes nombrados.

El destino hispanoamericano, el quehacer literario, la conducta cívica se hicieron los objetos a los que se instrumentan aquellas actitudes y aunque el "profetismo" y el "heroísmo" exigieran tal vez una cuidadosa revisión de la propiedad de su empleo, ésta terminaría seguramente en esas querellas semánticas en las que cada una de las partes se va con la certidumbre de la razón a sus dichos.

El tiempo corre con celeridad y ya han transcurrido veinte años desde la admirable Exposición Rodó que organizó Roberto Ibáñez e, incluso, diez, desde la publicación de las "Obras Completas", en Aguilar de Madrid, por Emir Rodríguez Monegal. Ni la investigación está agotada ni la lista de "vigencias" y de "revisiones" cerrada tal vez definitivamente. Sin embargo, es posible que el cin-

cuentenario de 1917 nos encuentre sustancialmente libres de posturas iconoclastas y de actitudes defensivas, libres de la obligación de reaccionar contra promociones oficiales, libres de la maraña de tantos equívocos que nadie demolió en forma explícita pero que, silencioso, benigno, el olvido ha enterrado.

LINEAS Y NIVELES DE VALORACION

SIN embargo: antes y ahora, ¿de qué valores estamos hablando? En la reflexión metódica sobre los objetos culturales (y entre ellos los literarios) nada hay más desaparrado que cualquier esfuerzo por sistematizar, y ordenar, y esclarecer radicalmente los motivos que nos llevan a estimar una obra o un autor. No conozco otro que un francés, Léon Bopp, que lo haya intentado (8) y los resultados que obtuvo son tan desesperadamente pluralistas, tan a sistematizar todavía, que su conato no invita a la repetición. Y en sistematización, ¿podría fijar unívocamente jerarquías posibles o tendrá que establecer un repertorio, un teclado de infinita complejidad, con el que los gustos, los estilos, las escuelas, las ideologías compondrán sus propios, sus peculiares sistemas? La preceptiva clásica quiso, con persistencia, dibujar el "cielo de fijos" al que toda perfección debería para siempre, empinarse, sin otro resultado, a la larga, de que el empeño nos resulte ahora muy ingenuo, bastante pedantesco y carente en absoluto de sentido histórico. Que hay un espectro entre valores "estéticos" y valores que lo son menos y aun "extraestéticos" no cabe duda, así como otro entre valoraciones "directas" e "indirectas", y otro entre "intrínsecas" y "extrínsecas", y otro entre "absolutas y relativas". Todas (si pudiéramos siquiera intentarlo) podrían ser aplicadas al presente propósito. Sin embargo, como manejaré criterios de significación, de influencia, de latencias, de personalidad, tengo que declararme militante contra el simplismo y la petulancia de circuir en la obra misma, avara, redondamente, en el estricto texto y texto sin operar, el área de un valor presunta y exclusivamente estético. Y decirme adverso igualmente a la inevitable consecuencia de lo anterior, que es el confinar a un extramuros de toda plenitud y toda fructificación cualquier aprecio que se origine de la incidencia de unos libros y de su autor en los hombres, en el mundo, y en un lector determinado. Quien con nuestro escritor, o con cualquier otro, siga esas normas, acabará por reconocer que son un modelo de tajante es-

quematismo que el ejercicio vivo de la valoración está desmintiendo a cada momento.

Lo que complica en el caso de Rodó toda evaluación es su doble calidad de artista y pensador, de estilista y escritor de ideas. Parece evidente que ambas cosas quiso serlo con parejo empeño y todavía promotor de actitudes y conductas. En la *imagen que nos enamora*, dándole encarnadura espléndida y persuasiva a un significado intelectual, pensándose en un amor transfigurante y activo, podría situarse la confluencia de tres quehaceres que él conjugó con soltura pero que también invitan al desglose que todo análisis implica. El ideal de la "prosa artística", del discurso adornado era muy de su época y al Rodó-artífice siguió la suerte que tal conmixtión pueda merecer. Las ideas, pocas o muchas, deben ser rescatadas de una rica música de cadencias y anticadencias, tras lo cual aun hay que tener en cuenta la intención práctica, incitativa, con que siempre son convocadas en sus ensayos mayores, "retórica", en el sentido de Kenneth Burke, espléndida pero inescandible.

Estas reflexiones no tienen otro fin que deslindar los espacios en que se dilucida una valoración; quieren, por ello, ser estrictamente "formales" y en nada terciar entre posiciones de exaltación o de hostilidad. Pero este ejercicio de deslinde conlleva estimaciones inevitables y una de ellas es la de reiterar la opinión, por otra parte nunca discutida en serio, de que Rodó fue antes que nada un cuidadoso repensador de ideas ya pensadas y, más aun, un orquestador hábil de ellas, un armonizador básicamente formulístico de encontradas tesis y antítesis. Abusivo sería cotejarlo con cualquiera de los padres intelectuales de Occidente —un Maquiavelo, un Rousseau, un Hegel, un Marx, un Nietzsche, un Weber— pero incluso muchos de los latinoamericanos verdaderamente decisivos le aventajan largamente en este plano. No creo discutible afirmar que fue la vocación magistral, tan visible desde "El que vendrá", esta expedición constante de exhortaciones y dictámenes, este funcionalizarlo todo a propósitos de convicción y promoción (más que falta de curiosidad intelectual estrictamente dicha, desdeñ de un cabal "inteligir"), los que le llevaron a este persistente armado de ideas ya elaboradas. Ahora bien: si puede argüirse que estas ideas de Rodó mucho tuvieron de representativas y aun de eficaces, difícil es negar que poco poseyeron de germinales y prolongables, poco invisceraron potencialidades, latencias que otros —o él mismo— pudieran

rescatar. Y aunque el repensamiento casi siempre fue pulcro y numerosas conciliaciones razonables, es muy improbable que la valoración de Rodó pueda jugarse hoy en torno a una intensidad, o una riqueza de sus significados puramente intelectuales. Salvo para esas gentes que siempre están descubriendo lo obvio y también lo obvio de otros tiempos. Pero no son ellas las que deciden en estos asuntos y si lo fueran, bien podríamos ahorrarnos toda deliberación.

RODONISMO Y ARIELISMO

La operación de la palabra artística sobre los hombres se da a través de experiencias de índole personal; la acción de cierto tipo de ideas se despliega en una incidencia eminentemente social. Desde "Ariel", y reforzándose con una empeñosa labor de vinculación individual y con grupos, Rodó se empeñó en la promoción de un manejo, digamos de un repertorio de actitudes cuya entidad formal no es fácil de fijar. ¿Tuvo el "arielismo" los alcances y la sistematización de una "ideología"? ¿Fue una suerte de subideología dentro de la ideología mayor que representa el liberalismo - racionalista - burgués - europeísta que profesaba en su gran mayoría la clase alta latinoamericana hacia 1900? ¿Fue una versión "idealista" y decorativa —como afirmaran tantos después— de un prototipo infinitamente más crudo y positivo? ¿O acaso una especie de extremismo juvenil romántico e idealizante que cedió el paso a posturas muy distintas cuando los que lo profesaban se comprometieron con la vida y el "statu-quo" político-social que parecían desdenar? El Uruguay ya había producido tres décadas antes otro extremismo juvenil de este tipo —me refiero al "principismo"— y el proceso de su digestión resultó similar. Hay más de un revelador paralelo entre el curso de existencia de un José Pedro Ramírez o un Pedro Bustamante y el de los "arielistas" contentos y ubicados de que hablara Crispo en 1917 y retratara Sánchez en su "Balance y liquidación del novecientos". ¿Acaso la sustancia del "arielismo" es más complicada y se añan en él la función cohesivadora de todas las ideologías y una apertura a valores universales que la vocación intelectual siempre hace posible y la edad juvenil básicamente no-comprometida, promueve con engañadora frecuencia? Esta metralla de interrogaciones no se cierra todavía. El año pasado, un historiador inglés de las ideas, Richard Griffiths, estudiaba bajo el título de "The reactionary revolution" el proceso de un gran

sector del pensamiento francés entre 1870 y 1914. Allí están Taine y Resnan, Thiers, Brunetiere, Bourguet, Faguet, Lemaitre, Maurras, Barrès: casi todos maestros, fuentes, influencias o lecturas devotas de Rodó. ¿Hasta dónde el "arielismo" no fue el eco de una postura ideológica que todavía no se atrevía a decir su nombre o a la que la relativa debilidad de las tensiones sociales de principios de siglo, y en especial en este costado platense del mundo atlántico, no le habían obligado a decirlo?

Sin ánimo de dirimir el punto, creo que hay que poner mucha cautela en una conclusión de este tipo. Existe al presente un automatismo bastante peligroso, un automatismo que tiende a convertir en "ideología" cualquier conjunto de ideas, de valores, de actitudes, condicionándolo, por ahí, a una estricta determinación social. Sin embargo, se podría sostener muy bien que ese "arielismo" tuvo más de una mundivisión personal, de un "rodonismo", en suma, que de una ideología estrictamente dicha. Que por tal se haya tomado a menudo es difícil de negar pero ello representaría uno de los tantos equívocos que montaron guardia junto a la suerte de Rodó, que la atmósfera de su tiempo no obligó a clarificar y que la misma triple y ambigua condición del uruguayo: artista, meditador y profeta, agravó (6).

Lo cierto es que cualquiera que fuere la conclusión que en definitiva se extraiga, el mayor interés actual de Rodó apunta a esta refracción intensa de sus ideas en el medio latinoamericano durante un buen tercio de siglo. Reconocida esta incidencia— "valor de efecto", "valor de influencia"— aprobaciones y liquidaciones se hacen vías cualitativamente indiferentes hacia la firmeza de ese interés. Todo el largo rol de revisiones y actualidades se vierte en él, y aún queda para la historia de las ideas en América uno de sus capítulos más densos y esclarecedores. Pero este capítulo no es tanto el de armar de modo más o menos coherente el par de docenas de ingredientes que puede contener el ideal arielista (7), como el rastrear su refracción concreta en conductas y decisiones a través de todo el continente; al fin y al cabo, no es en un mero afán de coleccionismo sino para servir, que la "historia de las ideas" se justifica. Si la conclusión es que ese arielismo representó una tendencia particularmente cerrada, fútil, repetitiva, paramental, retórica en el peor sentido, ello no deja de tener su valor; cuando Carlos Lacerda se declaró arielista ante un corresponsal del diario "El País", al día siguiente del cuartelazo de Gordon y Castelo, algo más sagaz que

Rodó pare también bastante de Carlos Lacerda.

Empero, por el otro extremo, tanto la acción equívoca del arielismo como la reflexión sobre ellas, pueden vitalizar, absolver, paradójicamente, ciertas significaciones de Rodó. Alguna vez, ocupándome de Luis Alberto Sánchez en este mismo periódico (8), me referí a la injusticia de endilgarle la paternidad de varias teorías pesimistas sobre el componente racial hispanoamericano que aparecieron a principios de siglo. Ni la tesis del boliviano Arguedas, médico social, de su "Pueblo enfermo", patrocinado más tarde por "The Patiño Mines", decía, derivaba de Rodó que, a pura corazonada, contravirtió frontalmente el calificativo, ni "Nuestra América", del argentino Carlos Octavio Bunge, ni "Continente enfermo", del venezolano César Zumeta, autor, en él, por otra parte (era una prueba de la famosa precisión de Luis Alberto Sánchez) no de un grueso volumen, pleno de pesimismo determinista sino de un esbelto folleto que concluye exhortando a formar sociedades de tipo —fue el precursor de la América guerrillera— para responder al desafío, para encarar la situación de que *de los pueblos débiles de la tierra los únicos que faltan por sojuzgar son las repúblicas hispanoamericanas*.

Algún día, la historia de las ideas en América se atreverá a medirse con tema tan magno y línea ideológica tan decisiva —fue tal vez el ministerio más típico, más directo, de la sugestión intelectual mediatizadora— como es el desarrollo de las ideas racistas en el pensamiento latinoamericano (9). Desde Sarmiento y Alberdi y el historicismo y mesologismo románticos hasta muy adentro nuestro siglo se desplegará la serie de implicados: en ella, sin embargo (hay que reconocer que su enclave uruguayo lo preservó) no se encontrará nuestro escritor.

Hasta aquí me parece fuera de duda que estaban errados Sánchez y sus muchos epígonos. Empero, como nada existe sin matices, hay que agregar todavía que el racista Arguedas mantuvo cordial y devota relación con Rodó; que el alarmado Zumeta ofició en la capilla del maestro y fue más tarde hombre útil a Juan Vicente Gómez (aunque bastante temprano rompió con él y se fue al exilio). El asunto, para concluir, es terriblemente complicado. Pero esa complicación no le quita (por el contrario le agrega) un ápice de su enorme interés.

Si se recorre el largo rol de la disidencia al arielismo y el muchísimo más corto de la coincidencia (hecho la comparación a similares niveles de desarrollo argumental) no es difícil entre-

gorizar. La esquemática noción de *error* aparece poco y ello es explicable: a una realidad operativa no se le juzga con ese patrón. Muy común es, en cambio, el dictamen de la *innocuidad* o la *inefectividad* del arielismo, rueda, según él, que giró en el aire, sin impulsar marcha alguna, sin posarse transitivamente en ningún suelo. Caudalosa ha sido también la aserción de su *insuficiencia*, especificación, en verdad, y aun explicación y en cierto modo dispensa en relación al juicio anterior. Queda, por fin, la opinión sobre su *carácter contraproducente*. Desde la aparición misma de "Ariel" hasta el presente se ha ido reiterando y enhebra en ella desde el viejo positivismo economista, plutocrático y yanquizante hasta quienes se ocupan hoy por fijar los correlatos culturales de un auténtico desarrollo continental. Traer a colación los textos en que se expidió ya valdría en sí mismo un esclarecedor recorrido por la reflexión latinoamericana. Durante sesenta años, prácticamente, percutió varias veces la misma nota; la misma incongruencia fue admirada. Los intelectuales más despiertos de las oligarquías nativas marcaron la inadecuación de una postura que no pareciera consciente de las implicaciones concretas de lo que sostiene, ni avizorar otro camino —por ejemplo la llamada "vía japonesa"— en el que se compaginara la necesidad de la adopción de formas institucionales, técnicas y pautas de conducta extrañas con la defensa y rescate de un núcleo cultural de valores entrañables. Dos peruanos, arielistas "ma non troppo" se expidieron así: *Si la sinceridad de Rodó no se transparentara en cada una de sus páginas, era de sospechar que "Ariel" oculta una intención secreta, una sangrienta burla (...); Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada con el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y de juego libre de la fantasía a una raza que si sucumbe será por una espantosa trivialidad: celebrar el ocio clásico ante una raza que se muere de pereza!* (10) Y a José de la Riva Agüero, en su obra juvenil, doblaba, a cierta distancia, Francisco García Calderón, en un libro de madurez: *Rodó aconseja el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia, el reposo consagrado a la alta cultura, cuando la tierra solicita todos los esfuerzos, y de la conquista de la riqueza nace un brillante materialismo. Su misma campaña liberal, enigma del estrecho dogmatismo, parece extraña en estas naciones abrumadas por una doble herencia católica y jacobina* (11).

TEXTOS Y CONTEXTOS

¿DÓNEO, inocuo, insuficiente o contraproducente, el mensaje global de Rodó es así mucho más que las líneas fijas de su escritura-artista, una operancia entre los hombres de varias décadas; una operancia (las hay también por omisión, por ilimitada franquea) que debe rendir cuentas y asumir sus responsabilidades y, en este trance, vive. Y vive de muy diversa manera.

Porque, ¿puede negarse estrictamente su actualidad temática? A estar a las apariencias cada vez estamos más hundidos en *el vientre del monstruo*; la presencia de los Estados Unidos se hace cada día para nosotros más asfixiante y letal, su presión socializadora ya no nace de ninguna "nordomanía", esnobismo minoritario y benigno, sino de una inducción ubicua, permanente y misional. El conflicto cultural entre los valores de tradición y los valores de modernización sigue entablado. La tensión entre los regímenes de movilización y ortodoxia y el modelo pluralista no se apacigua. Y al lado de ella, tampoco la tradición democrática normativa de estas naciones y la distorsión que en el esquema clásico ejercen imperiosamente los factores de masa y el valor eficacia. Muchos de estos temas y otros no menos presentes tienen antecedentes y planteos en la obra de Rodó y su remanente vigencia posibilita a veces el contacto, pero, ¿va ese contacto más allá de la alusión, de la eludible remisión? ¿Hay en él, en puridad, una base cierta, fértil, de pensamiento? El perfil de las ideas, los problemas, están ahí, pero el sentido de cada uno, la inserción en su marco de referencia, la solución, si la hay, exigen una extrapolación radical y muy poco respetuosa. Si transferir a otras claves, si traducir es un juego intelectual fructífero, entonces, esto sí, puede hacerse cuantiosamente con material arielico.

De similar alcance y por parejas vías de acceso, se da el valor polémico que los planteos de Rodó conservan, su condición de eficiente contraste, de piedra para afilar, en la disensión, las propias formulaciones. Es claro que este valor sólo se actualiza plenamente cuando existe imposición, política o docente, de una presencia, lo que, como ya lo recordaba, no es justamente el caso del autor uruguayo. Con todo, si se recapitula el caudal crecido de las "revisiones" es posible categorizar los reproches en algunos grandes rubros, unos rubros que representan, por otra parte, las direcciones más marcadas del pensamiento latinoamericano de las últimas décadas.

El primero, por más subrayado, es el en-

juiciamiento de tipo social, marxista o no (y aun aprista, hace décadas). Denunciaba en Rodó la raigambre burguesa de su pensamiento, el liberalismo clasista, sus reservas selectivas frente al "imperio del número", su idealismo, su "desinterés", su doctrina de la libertad interior (el pasaje de Cleanto en "Ariel"), la forma tenue en que los lacerantes problemas del área americana se hacen presentes en su obra (12). El enjuiciamiento de carácter religioso, católico o meramente espiritualista mordió en la significación de Rodó en forma seguramente desproporcionada a su estricto volumen entre las "familias ideológicas" activas de América. Criticó en especial la falta de finalidad de su proteísmo, el sello immanentista de su concepción de la personalidad, su ideal de tolerancia, nunca del todo desglosado de la indiferencia, el resistente renanismo esteticista de su residuo religioso, su aparente inapetencia de absoluto (13). Hubo, también, contra Rodó y el rodonismo arielico un enfrentamiento que no es desacertado llamar "modernizador". Fácil es rastrearlo aun hoy cuando los sociólogos norte o sudamericanos enjuician —con las "variable-patterns" de Parsons en mano— lo que ellos calificaban como minorías intelectuales tradicionalistas de Latinoamérica, esos núcleos tan incómodos que no le ponen comillas (como ellos) a la palabra imperialismo pero, al mismo tiempo, se niegan a emplear como regla de oro que la industrialización sea, como decía C. P. Snow, la esperanza de los pobres. Entre los ingredientes de Rodó, su clasicismo, su desinterés, su énfasis en la contemplación, su hostilidad a "lo vulgar", su intelectualismo fueron muy cuestionados y varias discordias en torno a los célebres pasajes sobre los Estados Unidos y a lo contraproducente de la lección de Próspero se filian en esta orientación. Entre las primeras revisiones, la muy agria de Alberto Lasplacas da casi a la perfección el tipo (14). Para cerrar esta lista y aunque posteriores y menos preciados, hay que mencionar también, por lo menos, las que llamaré, sin demasiada seguridad, la disidencia existencial y la del americanismo telúrico. La primera marcó con disgusto y hasta con exasperación la pulida superficie de la serenidad rodoniana, su armonismo puntual, su optimismo, su proteísmo. El "americanismo telúrico" no pudo dejar de ver en todo el arielismo un subproducto europeizante y urbano, esencialmente intelectualista e irrevocablemente marginal a toda inflexión profunda, radical, auténtica de un mundo en busca de sus formas y expresión idóneas (15).

La firme antítesis que en Rodó encon-

traron siempre estas distancias es inevitable que también funcione, inversamente, como valor de cohesión o de prestigio en el caso de otra u otras direcciones. Hay incluso en la obra de nuestro autor ciertas vetas, sugerencias, temas, que hacen posible que rechazos generales puedan relevar afinidades valiosas. Es el caso, para el enfrentamiento religioso o espiritualista, de ciertas páginas de los últimos años y de algunos materiales póstumos del "Proteo". O para la discordia militante, social, un texto como "El León y la lágrima" (cuyo sentido ya subrayaba hace varias décadas Eugenio Petit Muñoz) (16). Con todo al margen de estos casos especiales, son grupos más precisos, aunque de muy variada categoría, los que esporádica, pero visiblemente, se reclaman de Rodó y su llamado mensaje. Varios de ellos son penosos. El Rodó anticolegialista y marginado por Batlle ha sido tema periódico de debate entre los diarios batillistas y ex-riveristas (17). El optimismo, el juvenalismo y el desinterés arielistas han bajado varios escalones (nunca estuvieron muy altos) hasta convertirse en cháchara y moralina a nivel orpáico. La partitura antiestadounidense de "Ariel" sigue inspirando devociones pese a su sustancial arcaísmo y a lo peligroso que resulta ver tan borrosamente a nuestro adversario. Más respetables son los esfuerzos por apoyar en una "tradición Rodó" la busca de un sustrato tradicional y clásico para nuestra cultura. Ciertos momentos del mejor D'Ora, la actitud de Torres García, la efusiva acción de Esther de Cáceres tienen relación con ella. También es posible que se reclamen de un Rodó germinal y aun de un Rodó explícito las varias versiones siempre posibles de neoliberalismo, humanismo racionalista o personalismo; el registro de las resistencias frente a socialización y masificación pueden espigar mucho en Rodó, y autorizarse localmente con ello.

LOS VALORES MAS CIERTOS

CABE discutir —hay que reconocerlo— qué significa, dentro de los valores conjuntos de un escritor, el ser "representativo" o "sintomático" (aunque las dos calidades no sean estrictamente sinonímicas). Por un lado, es innegable atributo de carácter histórico; por otro, es el límite de un continuo que comienza con el proceso de iluminación, visión, esclarecimiento, que toda gran experiencia de lectura implica. La cuestión vale la pena y si la traigo a colación aquí es porque Rodó es, claro, un escritor inmensamente representati-

vo. Y lo es en más de una, y en más de unas pocas dimensiones. ¿Hay muchos testimonios mejores de los trazos que asignaba agudamente Gaos al "pensamiento en lengua española": ensayístico, militante, immanentista, estetizante? ¿Hay, con su diluir todos los mordientes demasiado concentrados, su armonizarlo y atenuarlo todo, mejor portavoz de la famosa "moderación" uruguaya? La marginalidad latinoamericana respecto a las grandes metrópolis culturales, emisoras de ideas, creadoras de estilos y de prestigios se ha expedido desde siempre en ese eclecticismos, en esa avidez adquisitiva que luego, inevitablemente, tiene que ser acondicionada, según un procedimiento intelectual sincretista. El fenómeno es muy evidente y en torno a él han realizado las precisiones suficientes Alfonso Reyes, Henríquez Ureña y Anderson Imbert. Ahora bien: ¿existe mejor seña de ese talante, mejor índice de esa proclividad que todo el andamiaje conceptual que subyace en la obra entera de Rodó, en esa mundivisión personal que aúna positivismo e idealismo, universalismo y localismo, eticismo y esteticismo, racionalismo y devoción al misterio, civilismo y simpatía por formas autóctonas, romanticismo y realismo, activismo y contemplación, populatismo y reservas aristocráticas? ¿Cuál es si no el sentido radical de esta ambición de "amplitud" que Rodó profesaba para su crítica literaria y que tanto le hizo rozar, por otra parte, con una virtual anomalía estimativa? Y como la América en que vivió y escribió era más colonial que la nuestra, ¿no es posible, acaso, ver en todo lo anterior, y en términos culturales, la presión importadora canalizada al consumo que toda sociedad subdesarrollada soporta? ¿No es dable ver en ella la incapacidad de establecer y realizar sacrificios, tan esencial en la marcha hacia cualquier madurez, sea ella económica, cultural o de cualquier otra índole? Y dígame todavía que su famoso aserto sobre los Estados Unidos *los admiro, pero no los amo*, puede servir de dechado de la actitud colonial que representa, aun a título de mera posibilidad, "amar" a otra colectividad que no sea la propia.

Rodó, sin embargo, representó actitudes de aun más prolongada validez, posturas que virtió en el lenguaje y el contexto ideológico de su tiempo pero que le sitúan, de cualquier manera, en una línea fundacional que nunca, la inteligencia latinoamericana, sustancialmente ha renegado. "América Latina, un país" en la expresión de Ramos, "el sueño de Bolívar", como gustan mencionarla los invertebrados de la O.E.A. Vital o corrompida, resta-

llante o empañada, peleadora o laxa, la decisión, en suma, de alcanzar unos pueblos sometidos a los mismos infortunios y los mismos desafíos, la autenticidad de una cultura diferenciada, la amplitud de un ámbito único, el peso de poder material que haga posible su presencia protagónica en el mundo. Con que Rodó se inscriba con Martí, con Darío, con Ugarte, con Vasconcelos en ese linaje que va de Bolívar hasta Fidel, ya tendría bastante la lección de Próspero para poder rescatarse.

Se dirá, con todo, que cada momento de la tradición bolivariana tiene que ser traducido a nuestra circunstancia y a nuestra visión de los factores. Pero traducir, decía, es nuestra inevitable tarea en todo trato con Rodó. Y, para poner un ejemplo más —y último— de esta transferencia, ¿hasta qué punto no vale como un análisis muy primicial de la adveniente sociedad de masas, su repetida diatriba de "la vulgaridad" —que Unamuno le reprochaba en 1900— su defensa de los valores estético-vitales de "delicadeza", "gracia", "refinamiento"; su cuidadosa colación, bien que prudentemente diluido, del caudal de reflexión antiburguesa, antidemocrática y antifilistea que el pensamiento del siglo XIX arrastró?

LA PERSONA Y LA OBRA

TODA obra se nutre de un obrante, todo escrito de un escritor, y sólo es legítimo y hasta necesario, el gesto de poner entre paréntesis lo hecho, el procedimiento objetivador, si no se convierte en dicotomía lo que también es un "continuum". Y no hay remilgo "antibiografista" crociano o no, que logre romper ese continuo. Ya hacía referencia, al principio de este recuento, al encuentro de la promoción de 1945 con el Rodó asordinado y auténtico que yacía entre los papeles de su colección y las entrelíneas de su obra. Este Rodó era el sujeto de una gloria que daba luz pero no calor. Una existencia maltrecha entre un poder político celoso y unos poderes sociales estultos, hoscós, beocios. Una inalterable, cándida, conmovedora devoción latinoamericana moviendo la generosidad sin límites, el sacrificio personal, la correspondencia paciente y a menudo generosa con cuanto mediocre y audaz se creyese con derecho a su tiempo. Una actitud de formal, y total, compromiso con la literatura y su apostolado, las más íntegras e imaginables seriedad, responsabilidad, gravedad en el cumplimiento de la obra. Escritores ha tenido nuestra cultura de más rica, amena, aproximable o estridente personalidad. Pocos, o ninguno, de más sólidas, discretas, recompensables virtudes.

De lo que salió de sus manos, naturalmente, el tiempo seguirá espigando. Hoy ya atraen poco los "fortísimos" de su *prosa togada*, que así la llamaba D'Ors. El mismo ideal de elocuencia —y piénsese en Malraux— la quiere más quebrada, más vibrante, más variada de tono. Es dudoso que alguna vez recupere el favor "El que vendrá", y su insistencia mesiánica. Otro es el ideal de crítica, y de comprensión, que el que se expide en su "Rubén Darío" y su sustancial curso de glosa. Sus demoradas devociones románticas rioplatenses sólo nos provocan irresistible perplejidad. De la equivocada lección de "Ariel" se ha dicho demasiado. Tal vez tampoco nadie se ocupará en rescatar de su énfasis al Bolívar, ni de su pesadez la armazón ejemplar de "Motivos de Pro-

teo", ni de su enajenada devoción los muchos tributos a "la España eterna" y a "la Francia inmortal". Quedan, con todo, y en esto no disiento con la mayoría, un pequeño caudal de parábolas y no sólo en "Motivos de Proteo", de duradera consistencia. También el "Montalvo" y parte de la "varia lección" de "El mirador de Próspero" y los escritos finales. Que no es demasiado se dirá y aun que es poco. Pero, ¿sobrenada mucho más de la mayor parte de los otros grandes escritores latinoamericanos, cuando se les mide a nivel universal, cuando se les descarga de la inevitable magnificación local? En el caso de Rodó, con lo que sobrevive, todas las restantes significaciones tienen bastante, con ello, para que la obra no las desampare.

- 1) MARCHA, 18-6-48 y 49 y 9-7-48 (carta de Blanca García Brunel).
- 2) "Semblanzas de América", Madrid, s.s. págs. 16-17.
- 3) Entre las muchas revisiones: Alfredo Colombo: "La filosofía de Rodó", en "Nosotros", mayo de 1917; la monografía de Gonzalo Zalumbide (1918); los artículos de A. Zum Felde en "El Día" del 4, 8, 11, 15 y 18 de octubre de 1919 (reproducidos en "Crítica de la literatura uruguaya" (1921) y "Revisión de Rodó", en "La Pluma", de marzo de 1928; Centro Ariel (Héctor González Areosa): "La revisión de Rodó", en "Revista Ariel", diciembre de 1927 y setiembre de 1929, Nros. 37-38); Carlos Quijano: "Carta —VI— a un lector", en "El País", del 26 de setiembre de 1927; Gustavo Gallinal: "El libro póstumo de Rodó" en "La Nación" de Buenos Aires, del 25 de junio de 1933, etc.
- 4) Entre las revaluaciones: Emilio Frugoni: "La sensibilidad americana", Montevideo, 1929 y "Presentación de «Ariel» en Moscú", en "Revista Nacional", N° 97 (1946); José G. Antuña: "El nuevo acento", Montevideo-Buenos Aires, 1935, José Pereira Rodríguez: "Escritos a una revisión apasionada de Rodó", Montevideo, 1938; Luis Gil Salguero: prólogo a "Ideario de Rodó", Montevideo, 1943; Emilio Oribe: prólogo a "El pensamiento vivo de (...) Rodó", Buenos Aires, 1944; Wilfredo Pi: "Lo vivo y permanente de Ariel", en "Revista Nacional", N° 174; Daniel Hugo Martins: en "El Debate" de 10 de julio de 1950; Washington Lockhart: "Rodó: vigencia de su pensamiento en América", Mercedes, 1964, etc.
- 5) Léon Bopp: "Philosophie de l'art" y "Les beaux-arts en France", París, Gallimard, 1954 y 1956.
- 6) George Blanksten, en un análisis de la política latinoamericana, destaca lo habitual que resulta el hecho de que las ideologías hayan sido entre nosotros promulgadas y prestigiadas por las clases altas letradas y con general "inocencia" respecto a ellas de

- los otros estratos sociales (en "Politics of the developing areas", Princeton University Press, 1960, pág. 487).
- 7) En la concepción de la personalidad: riqueza, variabilidad, proteísmo; amplitud, contemplación, libertad interior, autosuficiencia, (intelectualismo, idealismo e immanentismo como implicaciones filosóficas). En ética: idealismo, esteticismo, "desinterés". En conducta cívica: misión y militancia, juvenilismo, optimismo, porvenirismo y americanismo. En valores: claridad, serenidad, gracia, delicadeza, calidad, mesura. En principios políticos: liberalismo, clasismo, "selección", individualismo, civismo. En filosofía de la cultura: tradición, americanismo, europeísmo, romanticismo, armonismo y tolerancia, culturalismo, "sentido del misterio" y de lo inédito, simpatía histórica al cristianismo. En filiaciones: helenismo, latinismo, francofilia.
- 8) "El inventor del arielismo", en MARCHA, 20 de junio de 1953.
- 9) Vicente Lombardo Toledano: "Falsedad de la interpretación racial de la historia de América", El Paso, Texas, 1943.
- 10) "Carácter de la literatura del Perú independiente", Lima, 1905, pág. 263.
- 11) "La creación de un continente", Madrid, 1923, págs. 98-99. También, desde otras perspectivas, coincidencias de Quijano (ver nota 3) y Roberto Fabregat Cúneo (ver nota 14).
- 12) Vgr.: Enrique Amorim: "Rodó en el Salto", en "El Plata", de 10 de diciembre de 1927; Andrés Townsend Ezcurra: "Recuerdo y revisión de Rodó", en "Claridad", de Buenos Aires, N° 320, 1937; Luis Alberto Sánchez: "Balance y liquidación del novecientos", Santiago de Chile, 1941; Marco Arturo Montero, en "Claridad", de Buenos Aires, mayo de 1939; Arnaldo Gomensoro: "El crepúsculo de «Ariel»", en MARCHA, N° 848 (1948); Antonio Arraiz: "Todos iban desorientados", Buenos Aires, 1941; Jesualdo, en "La gaceta uruguaya", N° 2, 16 de mayo de 1953.
- 13) Raúl Montero Bustamante: "Rodó", Montevideo,

video, 1918 y en "Revista Nacional", N° 104; Dimas Antuña: "Israel contra el ángel", Buenos Aires, 1921; Dardo Regules: prólogo a "Últimos motivos de Proteo", Montevideo, 1932; Ignacio B. Anzoategui: "Vidas de muertos", Buenos Aires, 1934.

Alberto Lasplacas: "Opiniones literarias", Montevideo, 1918; Roberto Fabregat Cúneo: "Ariel y el destino de América", en "Mundo uruguayo", 3 de setiembre de 1953; Russell E. Fitzgibbon, en "American Political

Science Review"; Kalman H. Silvert: "La sociedad problema" Buenos Aires, 1964.

15) Estas actitudes no están tan ceñidas como las anteriores en textos determinados, pero no son difíciles de rastrear en numerosas referencias de los últimos años.

16) "Una glosa de «El león y la lágrima», en "La Cruz del Sur", Nros. 33-34 y "El Camino", Montevideo, 1932.

17) Hay una, bastante divertida, de mayo de 1950, entre "Acción", "La Mañana" y "El Diario".